



PERRERIA, por Ponito.
Ayuntamiento de Madrid

- Oye, Nichi, ¿sabes en qué se parecen mis corbatas a BUEN HUMOR?
- Sí, hombre, en que te las pones con gracia.
- Quita, idiota. Pues en que el BUEN HUMOR trae humoradas, y las corbatas u moradas u coloradas...



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia,	856.
Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Ángel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142

Los famosos polvos insecticidas LEYER Y COMP.^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE SEPTIEMBRE

Sexta serie de soluciones

JUAN SANTACRUZ.—León.

Señorita Nicasia Villota.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de paso para la compra con Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de su modo retrechero de llevar el mantoncito, y ya ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida depende desde este momento de su corazón arrabalero. Y por eso la envío mi cédula número 87439 para devolvérmelo con un sí amoroso y no un no que precedería breves momentos a mi suicidio. Esperando que no será muy cruel conmigo, se despide su más tierno y rendido adorador que b. s. p.,

Aristogenes López.

2 Septbre. 1930.

Madrid.

PEDRO SANCHEZ POZO.—Sevilla.

Señorita Nicasia Y uste.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer por la calle de San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de su modo retrechero de llevar el paraguas y, ¡amor mío!, ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida de desesperado y de arrabalero. Y por eso la envío mi automóvil número 87439 para devolvérmelo con un sí enorme y no con un no que precedería breves momentos a mi muerte. Esperando que no será usted muy cruel con su más tierno y rendido adorador,

Aristogumento.

2 Septbre. 1930.

Sevilla.

AMELIA G. CORRAL.—Portugalete.

Señorita Nicasia Vizcaino.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer en la plaza de Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de su modo retrechero de llevar el cesto de la compra, y ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida desde entonces es la de un arrabalero. Y por eso la envío un décimo del número 87439 para devolvérmelo con un ósculo y un sí; pues un no que precedería breves minutos a mi muerte no lo espero de usted. Esperando que no será desdeñosa en esta ocasión con su más tierno y rendido adorador,

Aristogenico.

2 Septbre. 1930.

Madrid.

LUIS CAMPOS.—Madrid.

Señorita Nicasia Mariáñez.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes a vista de pájaro, con mi amigo Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de su modo retrechero de llevar cogido el bolsillo, y ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de Ildefonso, el arrabalero. Y por eso la envío el número de mi teléfono, 87439 para devolvérmelo cosido a un pañuelito suyo, o un no que precedería breves momentos a la muerte de Ildefonso. Esperando que no será muy pesada, se despide su más tierno y rendido adormecedor q. e. s. m.,

Aristogenes.

2 Septbre. 1930.

Presente.

SANTIAGO ESTEVE.—Carabanchel Bajo.

Señorita Nicasia Vicenta.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes a primera vista por el Real Sitio de San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de su modo retrechero de llevar el talle; ni fumo, ni como, ni bebo, Nicasia, y mi vida de pordiosero o arrabalero. Y por eso la envío mi cédula con el número 87439 para devolvérmelo con una contestación categórica, un no que precedería breves suspiros entrecortados. Esperando que no será usted tan desagradecida, se despide su más tierno y rendido adorador, que sus pies besa,

Aristogratico.

2 Septbre. 1930.

s/c Aguila, 28.

RAFAEL CIFUENTES DIEZ. — Madrid.

Señorita Nicasia Vallés.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer por la plaza de Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de su modo retrechero de llevar el mantón, y ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida de bohemio y se hace de arrabalero. Y por eso la envío mi cédula número 87439 para devolvérmelo con un sí apasionado y no un no que precedería breves momentos a mi muerte. Esperando que no será una molestia, se despide su más tierno y rendido adorador, que muere por usted,

Aristogenes Gallego.

2 Septbre. 1930.

Lugo.

ENRIQUE LOZANO.—Valencia.

Señorita Nicasia Vallespino.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes al cruzar por la plaza de San Ildefonso, quedé apasionadamente prendado de su modo retrechero de llevar el gabán, y ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de su corazón arrabalero. Y por eso la envío mi teléfono número 87439 para devolvérmelo con un sí enloquecedor y no un no que precedería breves momentos a mi muerte. Esperando que no será despreciado el ruego de su más tierno y rendido adorador, que la ama,

Aristogordo Regúlez.

2 Septbre. 1930.

s/c El Retiro.

RUPERTO OLGUERA.—Madrid.

Señorita Nicasia Valladolid.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer por la plaza de San Ildefonso, quedé apasionadamente enloquecido de su modo retrechero de llevar el sombrero, y ya ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de ese sombrerito arrabalero. Y por eso la envío el número de mi automóvil, 87439 para devolvérmelo como usted sabe, o con un no que precedería breves momentos a la venta del coche. Esperando que no será usted ingrata con su más tierno y rendido adorador que e. s. m.,

Aristogaleno Pérez.

2 Septbre. 1930.

Presente.

Ayuntamiento de Madrid

VARON DANDY

TODO EL
MUNDO
SE AFEITA
CON



LA
CREMA
DE
AFEITAR

VARON DANDY

RÁPIDA-CÓMODA-HIGIÉNICA

CUPÓN

correspondiente al n.º 468 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar á todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.



HIPNOTISMO

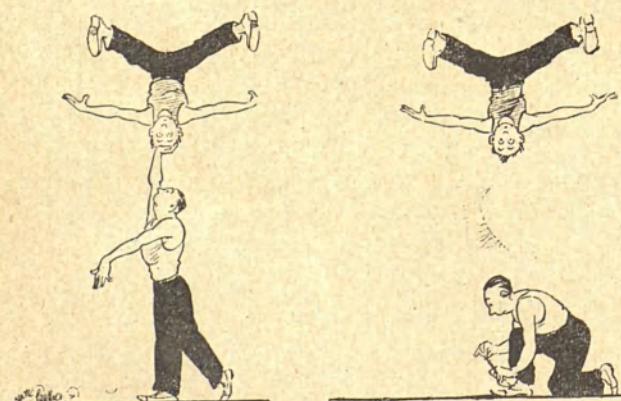
¿Desearia usted poseer aquel misterioso poder que fascina a los hombres y a las mujeres, influye en sus pensamientos, rige sus deseos y hace del que lo posee el árbitro de todas las situaciones? La vida está llena de felices perspectivas para aquellos que han desarrollado sus poderes magnéticos. Usted puede aprenderlo en su casa. Le dará el poder de curar las dolencias corporales y las malas costumbres, sin necesidad de drogas. Podrá usted ganar la amistad y el amor de otras personas, aumentar su entrada pecuniaria, satisfacer sus anhelos, desechar los pensamientos enojosos de su mente, mejorar la memoria y desarrollar tales poderes magnéticos, que le harán capaz de derribar cuantos obstáculos se opongan a su éxito en la vida.

Usted podrá hipnotizar a otra persona instantáneamente, entregarse al sueño o hacer dormir a otro, a cualquier hora del día o de la noche. Podrá también disipar las dolencias físicas y morales. Nuestro libro gratuito contiene todos los secretos de esta maravillosa ciencia. Explica el modo de emplear ese poder para mejorar su condición en la vida. Ha recibido la entusiasta aprobación de abogados, médicos, hombres de negocios y damas de la alta sociedad. Es benéfico a todo el mundo. No cuesta nada. Lo regalamos a fin de anunciar nuestro Instituto. Pídale hoy mismo, incluyendo, si lo quiere, algunos sellos de correo de su país, para ayudar en los gastos de porte y de envío.

El franqueo de una carta para Francia es de 40 céntimos.

Sage Institute. Dep. 502 A

Rue de l'Isly, 9, Paris VIII, France



—Espera un minuto..., hasta que me ate la correa del zapato...

(De Pele-Mele.)

Ayuntamiento de Madrid

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 pts.

ECOS DE ALGUNAS PARTES

Telegramas de París, recibidos con seis semanas de retraso a causa de la niebla, nos enteran de un original y lamentable suceso acaecido en la ebúrnea capital de Francia.

Un acreditado industrial, llamado Jacques Redieu, dueño de una importantísima fábrica de peines de asta, ha tenido la doble desgracia de que se le incendie la fábrica al mismo tiempo que su esposa se fugaba para siempre con un amigo.

Y se dice que, al comenzar el incendio, el hombre ya presumió lo otro, porque exclamó en un instante de clarividencia:

—¡Estoy oliendo a cuerno quemado!

Y hasta ahora no se sabe si se refería al fuego que estaba empezando a destruir los peines de asta o si se refería al infame "pourparler" que iniciaban su esposa y el concommitante, porque hay que convenir en que la frase servía admirablemente para ambos casos.

Nos dicen desde Arequipa que un sabio de aquellas extrañas latitudes acaba de descubrir un medio infalible para cazar panteras con lazo.

Parece que la cosa es más sencilla de lo que a primera vista se pudiera pensar; porque el método consiste en que las panteras se dejan colocar un lacito de color rosa que las sienta por cierto muy bien, y que luego no pongan inconveniente ninguno para que las cace el primer cazador imprudente que pase por su vera.

Y a ver quién es capaz de afirmar que esa no es la mejor forma de cazar panteras con lazo que se ha inventado en el mundo.

El dueño de un "cabaret" de Copenhague se ha quedado viudo el otro día en un rato en que no tenía nada que hacer; y tan enorme ha sido el sentimiento que le ha causado la pérdida de su tierna esposa (que, por por cierto, ya está dura a estas horas), que ha resuelto que el luto riguroso que piensa llevar por la difunta

alcance también a su establecimiento.

Y a tal efecto, ha contratado una orquesta de negros senegaleses y les obliga a tocar en cueros para que a la clientela no le quepa la menor duda de que el luto que hay en aquella casa es formidable.

Y parece ser que la susodicha clientela, contagiada por lo que ve, se pone negra de risa cada vez que los senegaleses salen a tocar.

En resumen: que allí se pone negro todo dios.

¡Admirable y patético, señores!

Y a propósito de negros...

Hay una tribu en la parte más asquerosa del Africa Central que posee un rey de lo más negro que se conoce, tal vez porque no se lava nunca y a la negrura natural se le va añadiendo la que acumula el desprecio a la higiene al través de los años.

El caso es que ese rey, conocido por el nombre oficial de Trinidad IV (sin ascensor), presume de monarca constitucional, y el otro día, hablando con un periodista inglés que visitaba el país, le dijo en serio:

—Yo gobierno a este pueblo con una democracia tan apabullante que aquí no se han suspendido nunca las garantías constitucionales ni ha habido jamás censura para los periódicos...

—¿Y cuántos periódicos hay aquí?—preguntó el inglés, entusiasmado.

A lo que respondió el monarca con esta frase sublime:

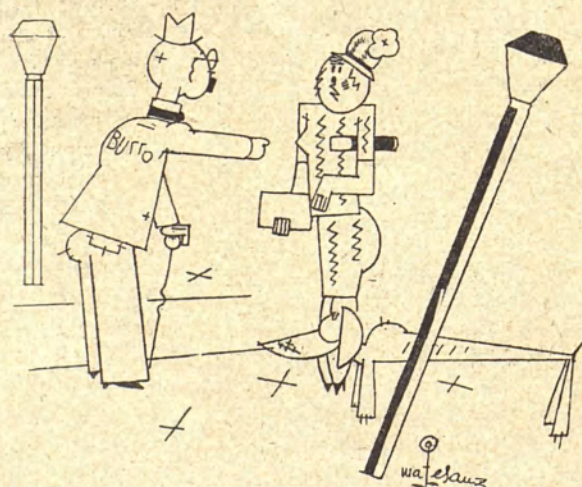


Dib. SILENO.—Madrid.



—Jhon, trae una silla para esta señora.

Dib. SIAN.—Barcelona.



—Caballero, me hace el favor. ¿Cuál es la acera de enfrente?

—Aquella.

—Pues vengo de allí y me han dicho que es ésta.

Dib. MATESANZ.—Madrid.

—¡Ninguno!... ¡¡Si los hubiera, ya veríamos!!...

Suponemos que el inglés se habrá caído al suelo, o quizá mucho más abajo, de resultados del estupefactivo asombro que seguramente le produjo la frasecita en cuestión.

Hay en Italia unos viñedos tan exuberantes, y producen tal cantidad de vino exquisito, que es peligroso plantar árboles en sus proximidades.

Porque sucede que esos árboles no se conforman con tener una copa como todos los demás árboles del mundo, sino que siempre tienen varias copas de más.

Y a veces es tan enorme la abundancia de copas, que se quedan hechos unos troncos...

¡Sencillamente horroroso!

Desde el reciente ciclón que devastó parte de la región más rica del Paraguay, se ha prohibido a todas las bandas de música que pongan en sus programas "aires nacionales".

Nos parece una previsión muy oportuna y humanitaria.

Un doctor de Liverpool asegura que ha inventado un sistema para curar el dolor de muelas por la electricidad.

Y, efectivamente, el sistema consiste en meter al paciente en una habitación oscura, encender la luz eléctrica y sacarle las muelas con unas tenazas sumamente férreas.

Y dice el doctor:

—Si yo no encendiese la luz eléctrica, no acertaría a sacar las muelas a nadie, porque lo tendría que hacer a tientas... ¡De modo es que es indudable que yo curo el dolor de muelas por la electricidad!...

¿Creerán ustedes que hay quien dice en Liverpool que ese doctor está loco?

¡Yo no me lo explico, porque hace muchísimo tiempo que no he oído decir a nadie una cosa tan razonable y lógica!

ERNESTO POLO



—No me extraña que haya errores en la contabilidad teniendo usted tan mala letra. Mire: este cinco podría jurarse que es un tres.

—¡Pero sí, en efecto, es un tres!

—¿Un tres? Entonces ¿por qué se parece tanto a un cinco?

Dib. SAMA.—Madrid.

PASATIEMPOS

Las señoras los prefieren canosos

En recientes interviús, la mayoría de las artistas y otras féminas consultadas sobre los atractivos masculinos, se han pronunciado en favor de los hombres que comienzan levemente a encanecer.

¡Oh, sí! Esa edad (dichosa edad ahora, como veréis) en que ya el hombre sabe latín amoroso y comienza a saber ser formalito—o cuando menos a aparentarlo, ¿no?—, esa edad de las primeras pavesas sobre el carbón del pelo o sobre la áurea melena viril, es, lectoras y lectores, la edad propicia, no sólo para enamorar, sino para que nos enamoren.

Bueno, yo estoy la mar de contento, la verdad. Y estoy la mar de contento porque concurren en mí circunstan-

cias algo favorables, si no para convertirme en uno de esos disputados galanes cuarentones que hoy hacen furor en círculos, teatros y paseos, sí para aspirar cuando menos a una indecorosa interinidad o suplencia, de llegar a faltar donjuanes, cosa que, al paso que vamos, no va a tardar en suceder.

Yo (me daré un poquito nada más de importancia para decirlo, y hagan ustedes el favor de no decirlo por ahí, sobre todo donde haya mujeres un poquito románticas), yo, repito, acabo de entrar en las cuarenta primaveras. Ya sé que no soy un chico. Pero sé también que soy mucho más joven que las dos terceras partes de nuestros jóvenes vanguardis-

tas, y que soy un barbilampiño al lado de los actores que han representado hogaño el "Tenorio" en Madrid. Y no es eso lo malo. Lo malo es que cuando yo llegue a la proveyta edad que ellos tan poco disimuladamente ocultan, cuando yo acompañe a mis futuros nietos a ver el "Tenorio", seguirán interpretándolo estos actores mismos. Como si le viera.

Piensen las mujeres (porque hay mujeres que piensan, pese a los Schopenhauer de calabazas llevar) que un hombre de menos de cuarenta años no es un hombre. (Menos mal que nos hacen la merced de creer que lo son los que tienen más de cuarenta, cosa que yo me decido a rubricar.)



—Una planta baja y un piso le costará unas treinta mil pesetas.

—Es muy caro, hágame sólo el piso.

Dib. URDA.—Barcelona.



—Yo me llamo Josefina. ¿Y usted?

—¡Oh! Yo no, señorita.

Dib. SERNA.—Madrid.

Hasta los cuarenta años—suponen—los varones no han hecho más que tonterías. Carecen de experiencia, son unos simples bisoños en las milicias de Venus vencedora. No se atreven a mirar a una mujer como a ellas les suele agradar que se las mire hoy. De frente, sin rebozos tímidos de mancebo, sin titubeos y vacilaciones púdicas, que antes eran patrimonio de colegiales a lo Julieta, y ahora van siendo atributo de los actuales donceles de trinchera y chanchullo.

En cambio, a los cuarenta, ya no se puede perder el tiempo en cándidos simulacros amorosos. Nada de plantones en la esquina. Nada de rondar la reja o el balcón. Nada de miradas lánguidas y enigmáticas. Hay que irse derechos al bulto...

Y para eso nadie más decidido que un don Juan de los que hacen furor ahora entre las mujeres desde los dieciséis a los cuarenta, y puede que de ahí para arriba. Vivimos tiempos de velocidad cinematográfica. Caminan las cosas demasiado de prisa para que los mozuelos se queden parados en la acera, convertidos en rígidos alabarderos de la corte... que hacen a su amor. Hay que apresurarse para caminar por los cálidos senderos de Paphos, aunque sólo sea para entrar en calor.

¿No será ésta la causa de la simpatía, de la preferencia, que vienen sintiendo las damas y damiselas por los apuestos galanes del cabello grisáceo?

Y si no es ésta la causa, también celebraría conocer cuál es. Y sospecho que a muchos de mis lectores les ocurrirá otro tanto.

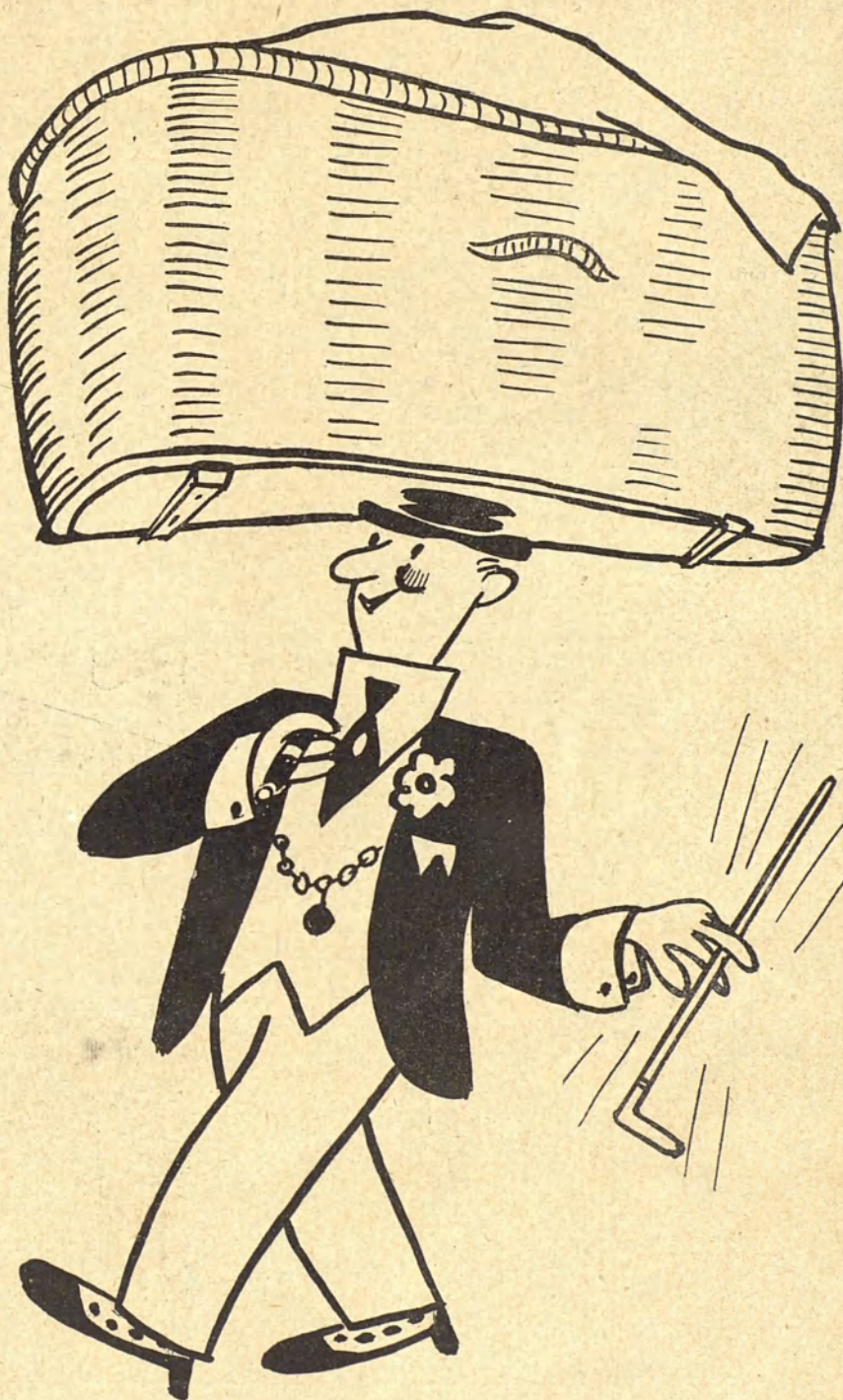
¿Que no todos van a ser cuarentones precisamente? Sin embargo. Estoy seguro de que los que pasen de esa venturosa edad, ante la brillante perspectiva de contar con la supuesta predilección de las mujeres, se darán un poco de coba (¿más?) para captar la onda ondulada de cualquier cabeza femenil.

Y los que no tienen la fortuna de haber llegado aún a esa edad predilecta, se teñirán el pelo a la inversa—es decir, que se teñirán canas postizas—, a fin de conquistarse las gráciles predilecciones de su pareja o de la pareja de otro.

Sea ello lo que quiera, los hombres canosos están de moda.

Y estar de moda, cuando hay fal-das de por medio, es decir, cuando son las mujeres quienes nos han de preferir, es llevar ya el noventa y nueve y tres cuatros por ciento para ganar la partida.

MIGUEL DE CASTRO



El panadero distraído va el domingo a ver a la novia.

Dib. FUENTE.—Madrid.



LAS CONCERTISTAS

—¿Tú crees que tendremos éxito interpretando así la romanza a cuatro manos?

—Sí. Y, por lo menos no dirán los críticos esta vez que ha resultado "poco piano".

Dib. GARRIDO.—Madrid.

LA SUERTE

I

—¿A qué será debido, señor Berganza, el infalible hecho de que siempre se nos muestra, en la vida, la suerte adversa totalmente a nuestros deseos?

El contrario, un poco sorprendido ante la interrogación, replicó:

—¿No considera usted, señor Colirio, esa duda demasiado trascendental para ser resuelta en las postrimerías de una partida de billar?

En tanto frotaba con tiza el extremo del taco, don Wenceslao, pasando por alto la repuesta del amigo, prosiguió exponiendo la idea:

—Pese a la modestia que encierran mis afanes, nunca he conseguido lograr lo que yo anhele. Comprendo que algunos sujetos pretenden cosas imposibles. Mas mis aspiraciones, al cabo, no son ciertamente exageradas...

—¡Caray, señor Colirio, me viene usted intrigando! ¿Puede saberse lo que ambiciona?

—Yo sólo le pido a la suerte que me ocurra alguna desgracia.

—¿Eh?

—Sí... Si a mí me sucediese algo desagradable, es cuando yo sería realmente feliz.

El señor Berganza, al oír los absurdos razonamientos de su contrincante, pensó:

—¡Ay! Escuchando los fantásticos deseos del señor Colirio, debo dudar de su estado de razón.

Don Wenceslao, con su taco, apuntaba con gran precisión a la bola mingo, cuando resbaló el palo, al dar impulso. El percance causó un gran desgarró en el paño de la mesa.

Apresuradamente vino el camarero, quien comunicó a don Wenceslao:

—Tiene usted que abonar el importe del desperfecto.

—No pago un céntimo—gruñó el señor Colirio.

—Entonces, avisaré a la autoridad...

—Haga usted lo que quiera. Yo no satisfago nada.

El camarero marchó a la calle en busca de una pareja de guardias. Don Wenceslao Colirio, con la faz roja de satisfacción, manifestó al señor Berganza su júbilo:

—Me van a llevar detenido a la Comisaría. ¡Parece que la suerte, por fin, empieza a protegerme!

—¡Eh! ¡Señor Colirio!

—¡Hola! No le había distinguido.

—¿Qué es de su vida desde que no nos vemos?

—No me va del todo mal, señor Berganza. ¿No lee usted los periódicos?

—¡Pschl!

—Si pasase la vista por la sección de sucesos, sabría de mí con frecuencia. La fortuna me favorece bastante, haciéndome ser protagonista de diversos percances...



—Ha venido un señor que quería verle para darle dos bofetadas.

—¿Sí? ¿Qué le has dicho?

—Que sentía mucho que hubiese usted salido.

Dib. KAR.—Valencia.

El señor Berganza hallábase sentado en un banco. Y divisó a don Wenceslao...

—Pero ¿aun persiste usted en ese tema?

—Hace dos meses tuve la dicha de que, en una calle solitaria, unos atracadores me desvalijasen cierta oscura noche. Poco después, me encontré con la buena suerte de que una cuadrilla de ladrones, durante mi ausencia, penetrase en mi domicilio, llevándose todo. Los visitantes no dejaron más que las paredes.

—Hombre, don Wenceslao. Eso me parece...

—Más tarde, mi ventura me protegió de nuevo, haciendo que en la Puerta del Sol un acreedor me pegase dos fuertes puñetazos. ¡Como ve, mi estrella es excelente!

—En efecto, observo que su sino se muestra muy grato con usted.

—Sí. Pero qué quiere, señor Berganza... El hombre es un animal egoísta. Siempre tiende a superarse. Para considerarme verdaderamente dichoso, ahora apetezco que un tren exprés me arrolle, que un edificio de seis pisos se derrumbe, alcanzándome debajo, o que un asesino me pegue diez puñaladas. ¡Nunca se consigue en el mundo la felicidad que se ansia, señor Berganza!

Don Wenceslao, tras breves palabras de despedida, se ausentó del lugar. Viendo alejarse al extravagante compañero, el señor Berganza reafirmó su parecer: —Este señor Colirio es un sujeto totalmente perturbado.

III

Como el señor Berganza leyó en los

periódicos que don Wenceslao había sido víctima de un grave atropello de tranvía, se apresuró a visitar a su amigo en el sanatorio.

Al presentarse ante el señor Colirio, a quien apenas podía reconocerse, por la serie de esparadrapos y gasas que envolvían su cabeza, el señor Berganza le saludó:

—Querido amigo, felicito a usted por la inmensa suerte de que le haya atropellado un tranvía de la línea del Obelisco.

—Gracias por el parabién. No puedo quejarme de mi estrella.

—¡Le repito la enhorabuena!

—Agradecido... De fijo que usted me tiene por un desgraciado demente. No obstante, al desear yo pasar por protagonista de sucesos, perseguía una finalidad, señor Berganza.

—¿Eh?

—Sí, hombre. Verá usted... Yo tengo escritos numerosos dramas. Al ser yo un autor desconocido, las Empresas teatrales de la corte se negaban a escuchar la lectura de mis producciones. Para obtener que se estrene una obra hay que poseer cierto renombre. Así, pues, para conseguir celebridad que me abriese la puerta de los teatros, decidí valerme de la página de los sucesos de la Prensa. Le aseguro que es un procedimiento magnífico para darse a conocer a las gentes...

—¿Qué me cuenta usted?

—Cierta venturoso día tuve la enorme satisfacción de leer en todos los periódicos: "Ayer fué detenido en un billar, por escándalo, Wenceslao Colirio, autor dramático."

—Voy comprendiendo algo...

—Poco después, la Prensa publicaba esta grata noticia: "Anoche recibió dos fuertes bofetadas, en una céntrica plaza, Wenceslao Colirio, productor de obras teatrales." Más tarde, los diarios dijeron: "Ha sido víctima de un atraco Wenceslao Colirio, literato." Como la suerte me ha protegido bastante, haciéndome pasar por protagonista de varios sucesos, me he abierto camino. Hoy poseo ya una fama excelente...

El señor Colirio aprovechó la pausa para un cambio de postura, reflejándose en su rostro señales de sufrir intenso dolor a los movimientos. Con los ojos brillantes de triunfo, don Wenceslao, habiendo logrado incorporarse en el lecho, finalizó sus argumentaciones:

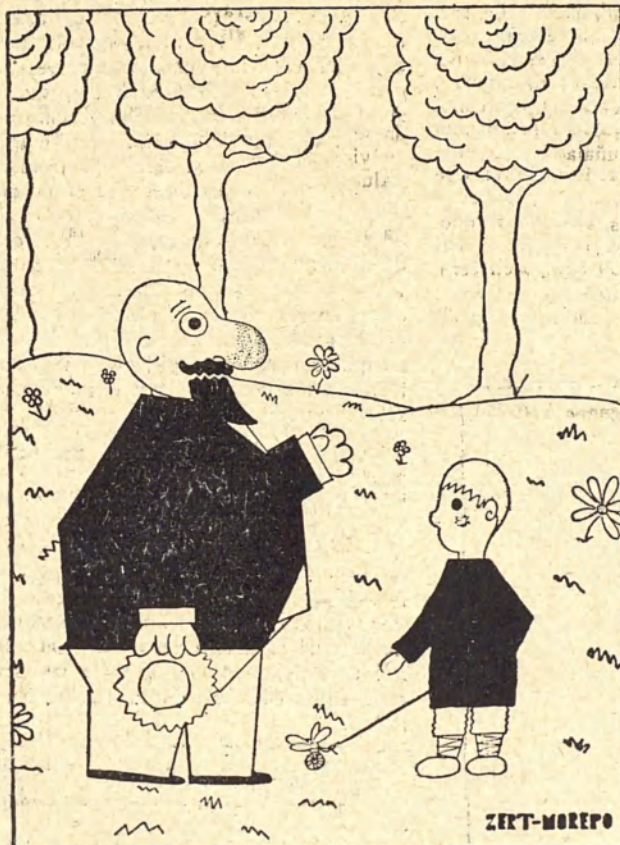
—En cuanto abandone el sanatorio, probablemente la semana próxima, leeré una producción en el teatro de la Tragedia. La Empresa de dicho coliseo me ha participado que, como ya no soy un sujeto anónimo, ha decidido representar una obra mía.



—¡Anda, anda; déjate de filigranas, que te estás poniendo muy pesada!

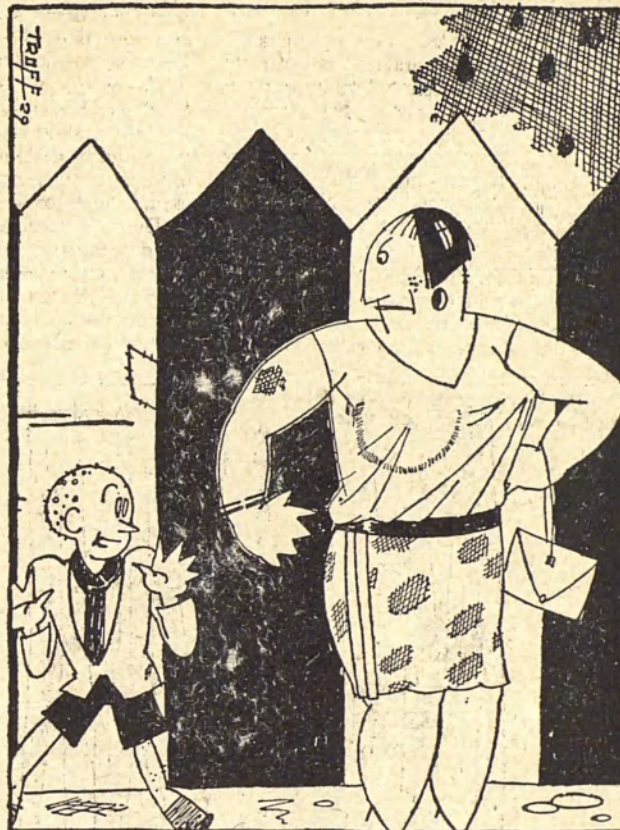
Dib. ADALBERTO.—Jerez.

LUIS ESTEBAN



—Niño, ¿has visto por aquí algún ave?
—Sí, señor; ahora mismo le estoy viendo el "ave-
domen".

Dib. MORENO.—Madrid.



—¿Has sido tú quien me ha echado esta porquería
en el brazo? Ahora mismo voy a darle parte a un
guardia.

—Por mí, como si se la quiere usted dar toda.

Dib. TROFF.—Albacete.

UNA REPRODUCCIÓN «SUPER»

Es una lástima que yo no sepa dibujar, porque se me ocurren cosas muy graciosas para dibujos. A propósito de esos individuos que al cambiar de profesión conservan los hábitos adquiridos en su anterior oficio, se me ocurre ahora mismo el asunto de un dibujo epatante: "El dependiente de funeraria que antes fué chico de garaje". Es decir, cuando era chico de garaje iba por las calles rodando un neumático, como los chicos que juegan al aro, y ahora, en la funeraria, cuando le dan una corona de flores naturales para llevarla a casa de un difunto, la lleva de igual modo: rodándola como las cubiertas de los autos.

También se me ocurren asuntos para historietas. Verán ustedes:

Primera viñeta.—Representa una escena trágica proyectada en la pantalla del cine. Una cueva de bandidos de frac. El hombre guapo de la película está atado

sobre un tonel. Para evitar que haga el menor movimiento hay dos o tres bandidos que le amenazan con revólveres y puñales. A la izquierda, está la novia del guapo, o sea la guapa de la película, debatiéndose angustiada entre los brazos del hombre malo, empeñado en hacerla confesar dónde está el texto del tratado internacional, el brillante de la duquesa o alguna otra cosa rica y buena que ella tiene y que el hombre malo, jefe de los bandidos, tiene interés en disfrutar. El público está aterrado. Se oye el vuelo de una mosca, el zumbido de los ventiladores y el suspiro de algunos enamorados desperdigados por la sala y dedicados a su íntimo y particular banditaje.

Segunda viñeta.—Ha llegado a tiempo la policía. No se sabe cómo, pero es lo cierto que ha llegado a tiempo. Los "detectives" y los "policemens" rodean todos los resquicios de la cueva, irrumpen

en su interior y entablan un tir y fo con los bandidos en el momento de máxima angustia, cuando ya el guapo había perdido el conocimiento por el suplicio a que los bandidos lo tenían sometido, y cuando a la guapa le iba sucediendo otro tanto a fuerza de recibir caricias del hombre malo. En la sala estalla una ovación cerrada. Los chicos menores de quince años aullan de satisfacción ante la llegada de la policía. Los mayores de esa edad producen ruidos de aprobación. El triunfo de la Justicia está asegurado. La sociedad se defiende, imponiendo la sanción debida a los delincuentes. Brilla el derecho. Justiniano deja flotar su espíritu en el ambiente de la sala, como si lo estuvieran inyectando con las lavativas del ozonopino. El guapo y la guapa se casan. La gente entiende con esto que la película ha terminado bien.

Tercera viñeta.—El agente de vigila-

cia a quien incumbe velar por el orden en aquella sala de espectáculos, ha sentido la satisfacción interior que se desprende de aquella alegría del público ante la acción vigilante y paternal de la policía. El hombre se siente un poco ángel tutelar de la sociedad, un poco ángel de la guarda con dos mil pesetas de sueldo. Halla en ello una compensación a otras contrariedades del oficio, porque no sólo de pan vive el funcionario. Podrán ser muchas las horas de trabajo; podrá la remuneración ser algo escasa; pero es gra-

to pertenecer a una corporación que se siente halagada en el desempeño de sus funciones por el calor y la simpatía del pueblo. El agente de servicio, llevado de su optimismo, se encamina al bar cuando llega el descanso y se toma una caña de cerveza, como si estuviera brindando a su propia profesión.

Cuarta viñeta.—Ha terminado el espectáculo. La gente se pone en pie y empieza a desfilar con la lentitud a que obliga la parsimonia de las parejas de novios, que tardan mucho tiempo en cer-

ciorarse de que se ha terminado lo que se daba y se resisten a despegarse del asiento. De pronto, un revuelo. En el vestíbulo del cine hay unos aletazos, unos gritos, unos improperios, unos empujones. La gente ha formado un corrillo alrededor de un individuo caído en el suelo. No se sabe a ciencia cierta quién es ni qué ha hecho. Unos dicen que es un ratero que ha querido llevarse el bolso de una joven; otros, que es un atrevido que ha dado un pellizco a una señora y se ha visto golpeado por el marido de ésta; otros, que es un beodo. De todos modos, hay una cosa evidente: que el individuo no quiere ponerse en pie, que está pateando y alborotando y que el público no sabe lo que hacer.

Quinta viñeta.—Ha surgido el agente de vigilancia, ha cogido por el brazo al individuo en cuestión y, afirmando que es un maleante conocido, se esfuerza en ponerlo de pie para llevarse a la Comisaría. El ratero, beodo o lo que sea, prorrumpe en gritos lastimeros:

—¡Ay, mi madre! ¡Yo no quiero que me lleven! ¡Que me va a dar una paliza! ¡No dejen ustedes que me martiricen! Tengan lástima de un hombre honrado...

—Anda, anda, que te conozco—dice el agente—; arrea p'alante y no des más espectáculos. Los espectáculos se acaban a la una.

El agente consigue incorporar al individuo en cuestión, porque se siente estimulado al cumplimiento de sus funciones por lo que acaba de presenciarse en la pantalla: el aplauso de la sociedad cuando triunfa la virtud sobre el vicio, el deber sobre el delito.

Sexta viñeta.—El público ha olvidado el argumento de las películas que ha visto. Es verdad que le había sido grata la llegada de unos policías arrogantes a bordo de un auto de postín, cuando llegaban a tiempo de impedir que se consumara un delito de mayor cuantía. Pero ¿qué relación hay entre eso y el policía que detiene a un ratero en la vida real? Ninguna. La gente reacciona contra el proceder del agente, grita, protesta, empuja, ayuda al culpable a ponerse en salvo, y el agente, maltrecho y abucheado, sale corriendo detrás del fugitivo por si le es posible detenerlo en la sombra y soledad de alguna calleja, fuera del amparo de la sociedad.

Una historieta así podría llamarse: "¿Qué quedarán?", y con unos pies bien redactados resultaría muy amena. Como que estoy viendo la exclamación del lector ante esta demostración de mis aptitudes: —¡Váyase usted a hacer viñetas!



—¿Ha visto usted, don Atilino, qué visillos tan monos le he puesto?

—Muy elegantitos; pero un poco cortos; me va a ser difícil quitarme el polvo de las botas.

Dib. CASERO.—Madrid.

RAMIRO MERINO



—¡Pobre Juanita; murió cuando la estaban probando un vestido!

—¡Oh, qué desgracia! ¿Cómo era el vestido?

Dib. Bosch.—Barcelona.

Consultorio grafológico de urgencia

(Se toca el trigémino)

por el Dr. Sabattini, de la clase media de Torino

Es tan grande el número de insensatos que nos envían cartas para que les hagamos el estudio grafológico, que a partir de ahora mismo abrimos de par en par un suculento CONSULTORIO GRAFOLOGICO DE URGENCIA.

Ahora bien, como en esto de la grafología hay sus más y sus menos, vaya por delante, y sea aviso de navegantes, esta observación: no contestaremos más cartas que aquellas que se ciñan como un sostén de mimbres al siguiente programa mínimo:

1.º Estar escritas con la mano, y despreocupadamente; es decir, con abandono, soltura y tal.

2.º Idem id. en papel sin rayar y que no huela demasiado a sardinas.

3.º Idem id. con tinta. Sí, negra. Y no es píropo. Por si las moscas.

4.º Que las sandeces que ustedes manden sean de su exclusiva propiedad. Nada de copiar un trozo del crimen ni las consabidas "Hojas del árbol caídas...", etc. Y no hablemos de salirse alevosamente con la letrita de un tango argentino, porque catorce años de presidio son muchos años, ¡pero que vamos por ellos, es sénil!

5.º y último. Sólo contestaremos diez cartas por semana. ¿Por qué? Porque

no nos da la gana de contestar más. ¡Mira tú éstel!

6.º y último. No se admite la menor reclamación. Al que no le parezca bien lo que le decimos, que se aguante y pedalee.

7.º Las señoras con bigote, y las de cuarenta para allá, deben abstenerse totalmente de formular preguntas si no es para saber la hora en que viven o cualesquiera calle del extrarradio, que esto siempre, y con mucho gusto, ¡no faltaría más!

Y vamos con las cartitas de hoy:

Primera consulta. *Una carta que viene de Albacete, con siete hermosas manchas de huevo frito en el sobre.*

Contestación: Es usted un guarro, señor. ¡Un guarro de siete muelles! Esto se lo decimos sin necesidad de abrir el sobre y con el bastón enhebrado entre brazo y costillar. Y conste que no es chulería.

Segunda consulta.—*Hondina. Halcalá de Enares.*

Lo siento mucho, señorita; pero como aquí, antes que otra cosa, somos grafólogos, ahí va eso... Carece usted del más elemental sentido común, de ese porcentaje intelectual con que la Divina Providencia se ha dignado dotar hasta a las gallinas de Guinea y a los mozos de café. Aunque en el mundo hay gente dispuesta a todo, difícilillo les va a ser a sus papás hallar alguien tan irracional que se case con usted. Pero, por si ello ocurriera, esta advertencia: cómprese una damajuana de árnica y procure hacer la vida hogareña sin alejarse diez centímetros de ella. Esto abreviará estimablemente el trabajo de las Casas de Socorro limitrofes.

Tercera consulta.—*Pocholo. Villabufanda de Lana.*

¡No he conocido en mi ya dilatada vida un pedazo de dromedario como usted, Pocholín! ¡Qué maravillosa incultura, ¡oh, Vives!, y qué completísima brutalidad! Enhorabuena. Alcanzará usted un alto puesto.

Cuarta consulta.—*Doña Gertrudis. Arévalo.*

Perdón, señora; lea la base séptima. A las viudas del sesenta no podemos ni debemos contestarles. ¿No comprende usted, venerada doña Gertrudis, que agrieta el alma tener que decir ciertas cosas en público? Vaya, vaya, cálmese y juegue con los nietecitos...

Quinta consulta.—*Crispulo Trasona. Revilladondiego el Pequeñín.*

Hombre, bien; tiene usted un carácter



EN LA EDAD DE PIEDRA

Ella.—En vez de hacer tanta tontería con la "bici" bien podías pasearte por encima de mi vestido para planchármelo.

Dib. Vázquez.—Madrid.

reservado; eso me gusta. Es usted de esa gloriosa casta de hombres que llevan auestas las más brutales tragedias con la misma naturalidad y soltura con que otros llevan un cabás lleno de billetes del Banco. Así empezó mi tío Lorenzo, y está muy ricamente en Ciempozuelos.

Sexta consulta.—*Poeta. Ponferrada.*

Impulsos de tristeza, sobre todo los viernes. Retraimiento a fin de mes. Timidez. Melancolía. Misantrópia. Misoginia. Peliuria y acidez de estómago. ¡Está usted apañado! Vea a Asuero, hombre, ¿a qué espera?

Séptima consulta.—*Flor de té. Las Rozas.*

¡Señora: escriba usted con la mano derecha y una pluma! Y no fastidie, caramba; ponga el papel de escribir lejos del capacho de las cebollas o el capacho de las cebollas lejos del papel de escribir, como guste. ¡Qué pestilencia, San Roque!

Octava consulta.—*Gorito Relópes. Colonia de los Optimistas y esperanzados veraneantes. Sierra de Alcobendas.*

¡Muy bien, muy bien, muy bien, Gorito! Tiene usted una maquinita de escribir preciosa, preciosa, preciosa, lo cual no deja de ser un alarde suntuario en esta época de fracasos crematísticos y de carestía de las leguminosas, y una manchita de color monísima. Nuestra tumultuosa enhorabuena por no haberla empeñado todavía. Y de lo otro—del estudio grafológico—ya se lo haremos cuando se decida a utilizar de un modo racional los dedines de su mano derecha, y en primer lugar los índice, medio y pulgar, y no nos agradezca la rima. ¡Qué brutín es usted, querido y mecanográfico Gorito!

Novena consulta.—*Lubina. San Juan de Luz.*

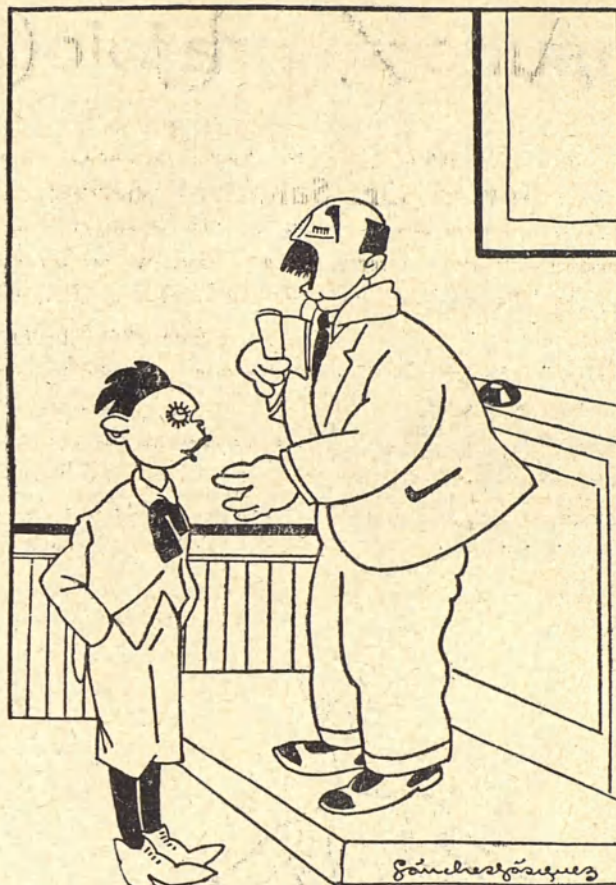
Alma muy europea, con un poco de Morand, otro poco de Freud y otro poco de Joaquín Belda... Temperamento de acero y *cock-tail* de cognac. Deseos sin precisar. Y, en Primavera, algún que otro grano. Muy compleja. Tanto que, para completar los datos, no estaría de más que nos viéramos el jueves próximo. Adjuntas dos butacas para el Real Cinema...

Décima consulta.—*Serapio. Cádiz (ghum!...)*

Viene usted tremendo y torpemente equivocado, Serapio. Usted, a quien tiene que consultar, no es a nosotros, sino al doctor Marañón, que es el que entiende de un rató largo de esas cosas. ¿Cómo? ¡Marañón, Marañón!... ¡Sí, hija!...

A ruego del doctor Sabatini, porque el pobre es tan bruto que no sabe firmar,

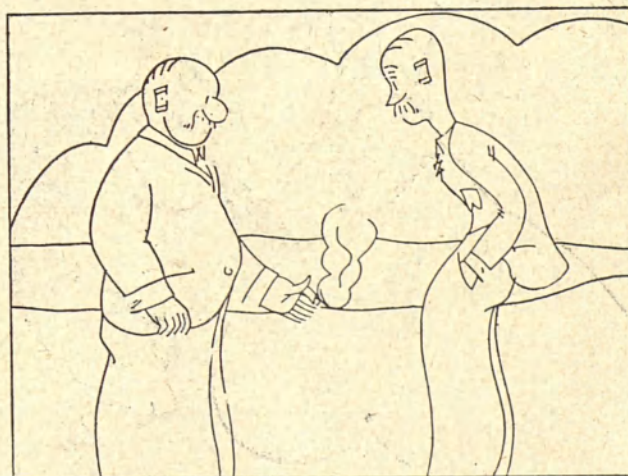
L. PIELTAIN



—¿Quién hizo el mundo?

—Mi padre; pero yo le ayudé bastante, porque le puse las visagras y lo empapelé por dentro.

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.



—Qué buenos cigarros fumas, Nicolás.

—Es que soy consejero.

—¿Pero tú?...

—Sí, soy el que aconseja al estanquero que me los dé buenos.

Dib. LÓPEZ.—Madrid

A Z Ú C A R

El Estado al comercio del azúcar
proteje, ya se ve;
y, además, favorece al que la compra
y la echa en el café,
y al que endulza con ella el té con leche
o alguna cosa así
como el flan, el guirlache, las rosquillas
o el albo chantillí,
sin destruir tampoco la importante
riqueza nacional,
que, entre tanta amargura, representa
ese gremio industrial.

No sé que hará el ministro a quien han ido
con la solicitud
de que baje el azúcar, cosa cara
que da vida y salud.
Pero si un poco baja, es, de seguro,
para subir después.
Así piensa un sinfín de azucareros...
(yo en casa tengo tres).
¡No sé qué va a pasar si en tal producto
no hay un bajón atroz!...
Tendremos que echar dentro de las tazas
de té polvos de arroz,

y hacer los huevos moles o el tocino
del cielo con serrín
y darle la dulzura al chocolate
con trozos de adoquín.
Lo más *chic* será estar en Azuqueca,
y comerán turrón
los que puedan vender alguna finca
para su adquisición.
Los que tengan diabetes sacarina
de enhorabuena están.
Con el precio que tiene hoy el azúcar,
¡rediez, lo que valdrán!...
Mas yo aplico a este caso cierta frase
de un célebre señor
y sostengo que el hombre, *con azúcar*
es como está peor.
El azúcar, según los comerciantes,
no estuvo así jamás;
¡pero no nos la muevan, no haga el diablo
que nos la suban más!

JUAN PEREZ ZUÑIGA



—¿Qué te parece esa señora?

—Pues que... vaya una espalda para un anuncio.

Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

OROCREMA
ALMENDRAS

EL JABÓN POPULAR
QUE BELLECE LA PIEL



LOS
PERFUMES
DE TASARA
BADALONA

BAMBALINAS

DIABLAS Y TRAISTOS

¡Lo que son las cosas del mundo! Unas veces asistimos al estreno de los "Medios seres", otras al estreno de los "Seres dobles"...

Este de ahora, el Sigfried-Forestier de Giraudoux es un doble, de cerveza y de borgoña, mitad y mitad. ¡Qué fácil de subirse a la cabeza esa mezcla de lúpulo y viñedos!... Pero, no; Giraudoux—perfecto ejemplar francés, de la mejor de las Francias—es un hijo predilecto de esa raza que sabe perfectamente tener los pies en la aduana de la razón y calentarse las manos en la estufa de la sensibilidad, sita en la aduana contigua, sin derribar para ello las fronteras, pero sin que las fronteras estorben.

Este hombre, el autor de "Anfitrión 38", una de las obras de teatro más completas y admirables—acaso la mejor—del teatro contemporáneo—ha cabalgado—al escribir el "Siegfried"—en "la línea ideal" de todas las fronteras concebibles, y ha dado al mundo entero una lección; la de compaginar, sin caer ni de un lado ni de otro, cuanto debe ir sumado en una obra que, al ser obra de teatro, debe ser, al mismo tiempo, culta y popular; impresionante y sagaz; pensada y sentida; sensoria y sutil; vibrante, sin retórica; "redonda", en una palabra, palabra que en este caso expresa perfectamente la virtud a que aludimos y es que la redondez ofrece esa virtud: la de cumplir su función, la de rodar, con idéntica perfección y sencillez en todos los sentidos posibles...

Los autores de teatro procuran, generalmente, escribir obras que les "redondeen", no obras "redondas"... ¡Bueno! Haga cada cual lo que guste. Pero nosotros honramos, como cumple, a Giraudoux, a Canedo y a Carmen Díaz por habernos ofrecido—renunciando a redondearse, quizá—una obra tan redonda.

Ahora que ¡ay!... ¡Lo que es el mundo!... ¡Lo que es la vida, señores!... La vida es una llave de luz eléctrica: basta media vueltecita para que el alumbramiento se produzca; basta con otra media vueltecita, igual en apariencia a la anterior, para que todo se haga noche, esa noche en que todos los gatos son pardos.

Vean ustedes el Siegfried... ¿Qué es

el "Siegfried"? El caso de un francés que, caído en el campo de batalla, ha perdido al caer todo cuanto era suyo y cuanto constituía su persona y su personalidad: no le queda en la ropa rastro alguno para saber si es francés o alemán; no le queda en el cerebro ni en el alma, rastro de memoria ni de conciencia para saber él mismo si es francés, si era hombre, si había siquiera vivido. Recogido por los alemanes, le han enseñado a leer y a pensar, como a niño recién nacido, y le han hecho alemán, llegando a ser con el tiempo la personificación de

todas las esperanzas de Alemania. Este hombre, pues, que ayer era Forestier, con un alma francesa, un perro de aguas y hostil a fumar puro; se llama ahora Sigfried, tiene el alma conformada a los grandes ideales de Alemania, fuma puro y da un discreto taconazo al saludar. Y en él se da el conflicto de su vida; pero también—y paralelamente; como en todas las obras de altura—un conflicto de ideales: un conflicto representativo: Siegfried-Forestier, son también en cierto modo Alemania-Francia—y una "línea ideal"—la línea así llamada en térmi-



—Te juro que no haré sino lo que tú quieras siempre.

—¡Qué buena eres!

—Pero tú has de prometerme no querer nunca sino lo que yo mande.

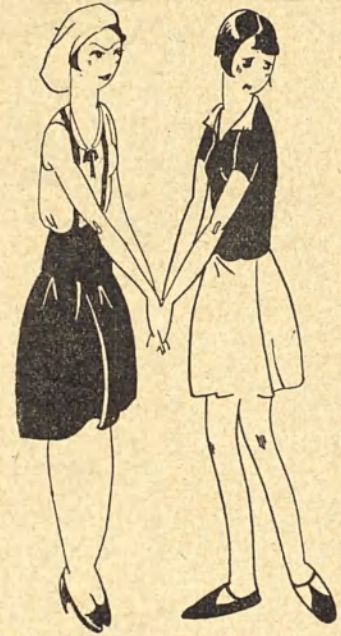
Dib. PILAR.—Madrid.

nos aduaneros—separando—y uniendo—las fronteras.

¿No estás viendo, lector, en todo esto (media vuelta de llave) un paisaje de grandiosas perspectivas?... Pero ¿no estás viendo también (otra media vuelta en la llave) que este juego de Alemania-Francia se convierte, sin dejar su geográfica condición, en un juego de los varios casos palpitantes de diversos colores, que podríamos incluir en el epíteto Alcalá-Zamora, por ejemplo?

Tenemos casos múltiples de hombres que se hallaban en la cúspide—cuando menos en la cuspidita—; que rodaron por el suelo en cualquiera de los terremotos, más o menos mariposas, que sobrevienen en la vida española los martes y los jueves, y que se encuentran al cabo de unos años o unos meses, con que hablan otro lenguaje que nunca habían hablado y con que no se acuerdan ya, ni lo más mínimo, de lo que decían, hacían y eran antes del derrumbamiento.

Ahora es cuando puede comprobarse la profundidad vitalísima del "Sigfried". Podremos darle vuelta a la llave y quedar reducida la proporción del asunto; podrá el caso de "Sigfried" verse en un plano elevado y luminoso, o verse en un plano a ras de tierra y en sombra—mala sombra—; pero la viva realidad del conflicto permanece. Siempre el hombre del día, ya sea el día Domingo (Don Marcelino), ya sean los varios Martes (Marte el de antes, o Marte el de ahora, o Marte el de luego), siempre el hombre tal o cual sin saber por quien decidirse: por el hombre de antes o por el hombre de después, y siempre dos señoras tirando de él a porfía: o la Niña o la Pinta; o la que hace todo a derechas o la que lleva a la otra la contra. Y todo se vuelven himnos por aquí, revoluciones por allá, fusilamientos por aquí y por allá; generales que, por mandar, se mandan al cuerno entre sí; y entretanto los ciudadanos que van a ver el personaje, a ver si lo reconocen, y ¡ca! se van cariaconte-



PACO

—Matilde es una mala amiga.

—¡No lo creas, mujer!

—¿Que no? Le dije que tenía relaciones formales con Adolfo y no se lo ha dicho a nadie.

Dib. PACO.—Madrid.



I. Cuesta

—No te muerdas las uñas, hija. Se empieza por las uñas, se sigue por los dedos, luego la mano y se acaba en antropófago.

Dib. CUESTA.—Paris.

cidos... ¡Cualquiera conoce en aquel hombre al de antes!...

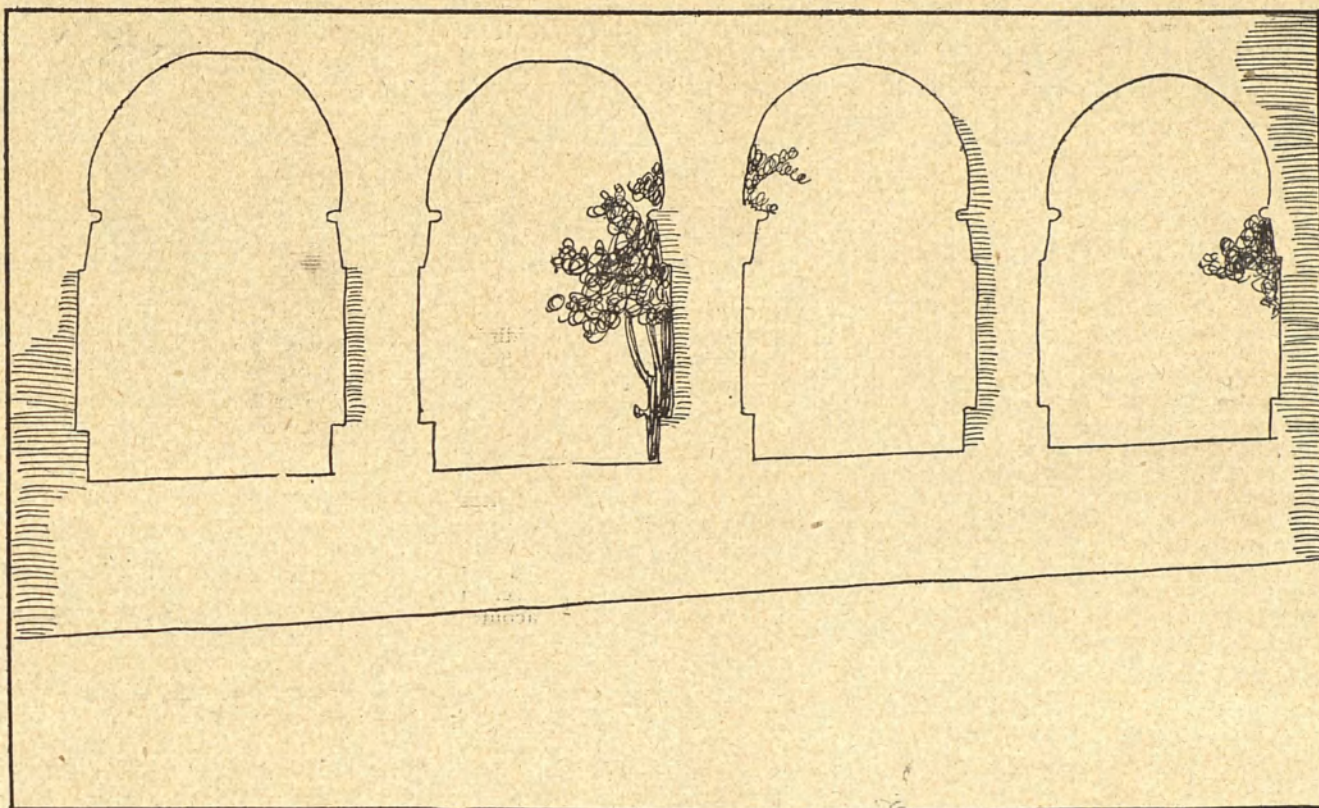
Por fin, Sigfried, entre ser Forestier o Sigfried, opta por ser uno y otro: no quiere muertes heroicas: ambos vivirán en él; y a los dos los querrán los franceses al querer a la misma persona, manera de compaginar la fidelidad y el adulterio que recomendamos mucho.

Después de todo, puede que no sea otro el desenlace apetecible para toda clase de conflictos palpitantes. Ya un Sigfried galaico ha estado apunto de proclamar la necesidad de un monarca republicano o de un presidente de la república monárquica... Y es cierto: entre la libertad que piden los liberales y el conservatismo de los conservadores, puede que sea lo mejor unir a ambos, conservar la libertad o liberar las conservas.

Así podríamos estarnos, sacando aplicaciones utilísimas de Sigfried. Pero preferimos terminar.

A todos nuestra felicitación; con preferencia a Simó Raso y Carmen Díaz—magnífica en el final del tercer acto—y nuestra felicitación a Burmann, el gran escenógrafo—otro Sigfried de primera—y a un manguito-bolsillo que tuvo entre las personas de gusto—estaba el teatro lleno de ellas—un éxito tan grande y merecido como la obra misma.

MANUEL ABRIL



NUESTROS CONCURSOS

El del mes de noviembre

El concurso de este mes es, como van ustedes a ver, sencillísimo. Se trata de lo siguiente: Estos nueve frailes estaban en el patio del convento hasta que sonó una campanita y tuvieron que irse todos a comer; pues bien, no hay más que averiguar cómo estaban colocados antes de que la campana sonase, para lo cual habrá que recortar los frailes y pegarlos sobre el dibujo que representa el patio del convento.

Ni más ni menos. Esmérense ustedes mucho, porque este mes hay

DOS PREMIOS DE CIEN PESETAS

Las soluciones pueden enviarse a esta Redacción, hasta las ocho de la noche del día 30.





CUENTOS JUDIOS

Mayer, prototipo del judío económico, viajaba un día en un vagón de ferrocarril.

—Señores—dice muy amablemente a los demás viajeros—, ¿me permiten ustedes que fume un cigarrillo?

Nadie se opone a ello.

—Perdón, señores. ¿Quieren ustedes darme una cerilla?

Un viajero contesta:

—Lo siento mucho, pero yo no fumo.

Otro viajero dice:

—Tome usted mi caja.

Pero, desgraciadamente, está vacía.

Un tercer viajero agrega:

—Yo he olvidado las mías.

Entonces Mayer se sienta y, al cabo de un instante, dice:

—Entonces, señores, ya que ninguno de ustedes tiene cerillas, encenderé el cigarrillo con las mías.

Y saca de su bolsillo una caja.

Beerelé vuelve de la ciudad, de noche. Para llegar a su pueblo se ve obligado a atravesar un bosque. Tiene miedo. Cada árbol parece ocultar a un bandido. De repente ve a un hombre ante él, revólver en mano.

—¿La bolsa o la vida!

Beerelé trata de huir.

—¿Si no te detienes, disparo!

Y para asustar a Beerelé, el ladrón dispara al aire. Beerelé se detiene en seguida y entrega su cartera al bandido.

—Tome usted; pero no está bien lo que hace. Este dinero no me pertenece a mí. Es de los pobres de mi pueblo, para los cuales me lo han entregado hoy mismo. ¿Qué van a decir! "Beerelé es un ladrón." ¿Y cómo me van a creer si les digo que me ha atracado usted en el bosque?

El bandido no responde.

—Hágame usted por lo menos un favor, ¿quiere? Tome mi gabán y dispare sobre él. Así las huellas de las balas me servirán de prueba y usted podrá guardarse el dinero.

—Bueno.

Y el bandido dispara una vez.

—Otra vez!—dice Beerelé.

El bandido dispara otra vez.

—Otra!

El bandido dispara varias veces su revólver.

—Otra vez!

—Ya no quedan más balas.

—¿Ah!—piensa Beerelé.

Y vuelve a recobrar su valor. Descarga su bastón sobre la cabeza del bandido.

—¿Devuélveme mi dinero, canalla!

Y golpea con todas sus fuerzas, hasta entrar otra vez en posesión de su dinero. Después de arrebatarse el arma y, sin preocuparse del ladrón, que queda tendido en mitad del camino, se dirige a su pueblo, con toda tranquilidad.

Bloch, tras una borrascosa discusión con su amigo Blum, dice:

—¿Y después de todo, Blum, una última palabra: tú no eres más que un bribón, un ladrón! Todo el mundo lo sabe: no vives más que de negocios sucios.

Blum le interrumpe:

—Te lo ruego, Bloch. Por nuestra antigua amistad, nada de insinuaciones, ¿eh?

Rabinovitch recibe la visita de Iossel, el cual le encarga un pantalón.

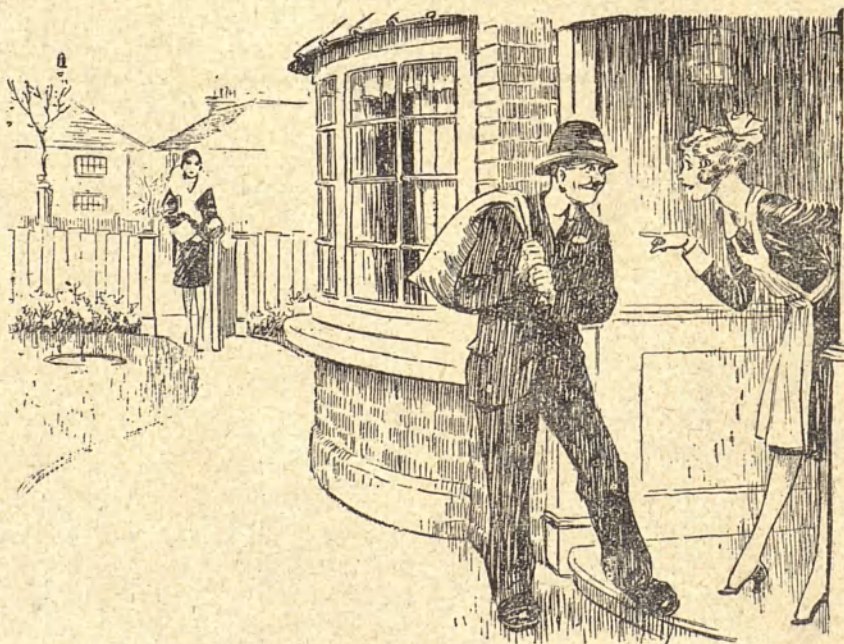
—La única condición que pongo es que ha de mandármelo usted mañana por la noche. Lo necesito, porque tengo que salir de viaje. Si no, iré a casa de Hirschberg.

—Cuenta usted conmigo. Le doy mi palabra de honor que lo tendrá para mañana por la noche.

Pero Rabinovitch es perezoso y olvida el encargo del cliente. Dos años después se acuerda del mismo, hace corriendo el pantalón y va a entregarlo. Iossel le recibe de mal humor.

—¿Rabinovitch, es usted un sastre extraordinario! Necesita usted dos años para hacer un pantalón, mientras que Dios no necesitó más que seis días para crear el mundo!

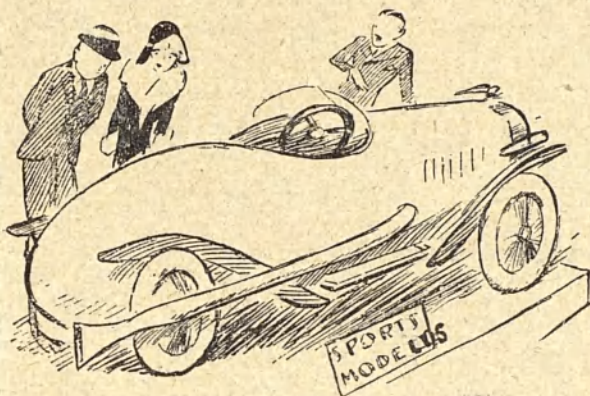
—Se lo ruego, Iossel: no nos compare a Dios y a mí. Mire usted cómo está el mundo, y después mire este pantalón.



—Márchate, Jorge, que viene ahí la señora. Te espero, como de costumbre, en la plaza, a las ocho; iré con el sombrero que trae ahora puesto la señora...

(De *The Humorist*.—Londres.)

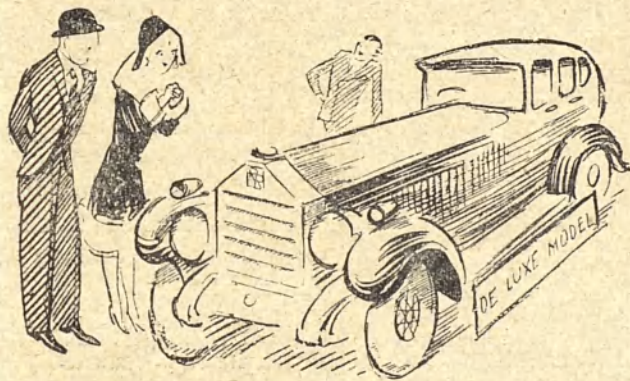
LOS TRAJES Y EL AUTO



Cuando los señores de Brown compran este modelo de coche...



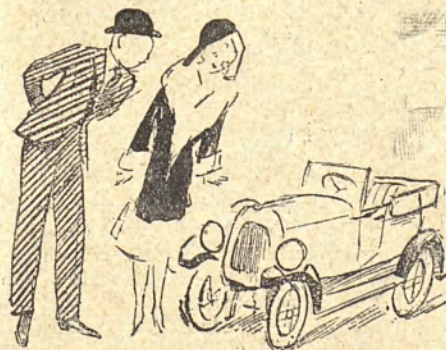
adoptan este estilo de trajes...



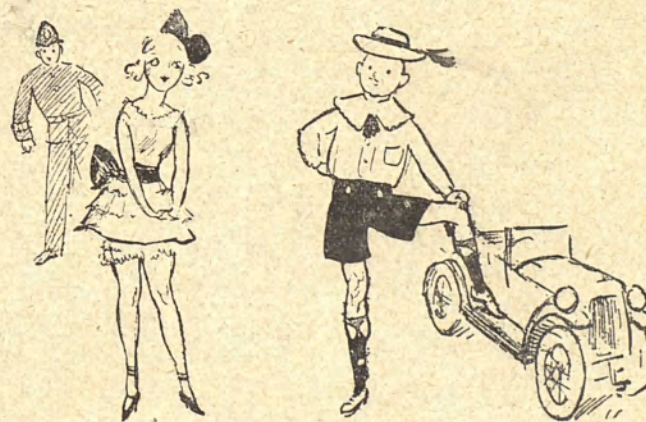
y cuando van en su elegante Limousine...



se ven obligados a llevar una costosa y magnífica indumentaria...



por lo cual, se deciden a ponerse en su cochecillo "bebé"...



y vean ustedes entonces el traje que adoptan para este caso...

(De The Humorist.—Londres.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes."

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

—¿En qué se parecen un grano de uva seco, una balanza, un mal bailarín y una modelo?

—En que la uva es pasa, la balanza pesa, el bailarín pisa y la modelo posa.

Tranquilo (Zaragoza).

Un malagueño, que tiene fama de embustero, estaba de

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

—¿Y por qué nos dices, hijo mío, que tu novia se relaciona con lo más distinguido de la sociedad?

—Porque es telefonista, papá.

Taravilla (Bilbao).

«CAFÉ VIENA»

Luisa Fernanda, 21.
(Esquina a Mendizábal)

Espléndidos salones y lujosos servicios
— para bodas y banquetes. —

Conciertos tarde y noche. ORQUESTA
Teléfono 36298

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.

FUENCARRAL, 26, y
MONTERA, 15, primeros

La mejor casa de España en su género



El guía.—Vean ustedes: un modelo de la época medieval, para obtener las huellas digitales...

(De Jude.—Nueva York.)

pesca, y al tirar de la caña saca una enorme merluza, y exclama lastimosamente:

—¡Tendré que tirarla al agua! ¡Nadie me lo va a creer!

Licenciado San Román.

En la escuela:

El maestro al alumno.—¿Cómo andamos de Doctrina?

—¿...?

—¿No sabes nada?... ¡Dios mío, qué atontado más grande!

—Ahora recuerdo de algo, ñor maestro.

—Dígalo.

—"Que todos somos iguales y sin distinción alguna."

L. Sibrana (Alhucemas).

Vicente Fernández

SASTRERIA

La predilecta del público madrileño

:: Siempre novedades ::
Trincheras - Gabardinas

9, Espoz y Mina, 9

Dos amigos se encuentran en La Toja. Uno de ellos está herido, y el otro le pregunta:

—¿Qué te ha ocurrido?

—Me han dado una terrible paliza.

—¡Bah! Eso no tiene importancia.

—¿Que no? Pues te aseguro que si te la dan a ti, a consecuencia del "jabón" sales de La Toja.

Fenico (Granada).

Se encontraba durmiendo un golfo en un banco de la Castellana, y se le acerca un borracho dando golpecitos con una vara.

—¿Quién llama?

—Soy yo.

—Pasa y cierra la puerta; pero como mañana vengas tan tarde, te dejo en la calle.

Puga (Haro).

Entre novios:

El.—Cada día estoy más distraído; compré una cajita de bombones para ti, y por el camino...

Ella.—¿La perdiste?

El.—No; me comí los bombones.

Raúl y Manolo
Tamallancos (Orense).

—No es posible que hayas visto volar un tren. No te creo.

—Pues sí, señor; yo he visto volar un tren... de aterrizaje.

Tercos (Palencia).

DANDY

Crema para el calzado
Carrera de San Jerónimo, 14

En un restaurante:

El "maître" ve que un nuevo cliente mira con mucha atención el contenido de una taza de café.

—Perdone usted, caballero. ¿Encuentra usted algo en el café?

—No, nada.

—No, no; le ruego que hable. ¿Qué tiene ese café?

—Sepa usted que no logrará arrancarme ni una palabra acerca del café. Yo no digo nada de los ausentes.

J. F. (Barcelona).

En la fonda:

La patrona.—No he visto en

RADIOTELEFONIA

Aparatos de galena desde 5 pesetas. Aparatos de 1 a 7 válvulas
Aparatos para corriente industrial
ROMERO.—Fuencarral, 68.

toda mi vida un hombre con tan malas pulgas como usted.

El huésped.—Pues todas las he cogido en su casa.

Lorenzo González (Huelva).

Comprando:

No sabía qué hacer. Tenía la mañana libre, y para distraer mi ocio me encaminé al mercado Central, y así, entre los gritos de los vendedores y el vaivén de los compradores, pasar el tiempo que

CANA



Invento Maravilloso
para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente. Cuidado con las imitaciones. De venta en todas partes.

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

me quedaba hasta la hora de la comida.

Me encantó la manera de comprar de las pizpiretas mocitas que circulan por allí; me chocó ver la táctica que emplean para obtener a precios más bajos los diferentes géneros expuestos en sus respectivas canastas o mesas, etc.

He aquí una "operación" que cogí al vuelo:

—¿Cuánto me lleva por esto?

—Cuatro pesetas.

—Demasiado caro. Si quiere dos, me lo llevo.

—¡Habrás visto! ¡Váyase usted! ¿Le parece que a mí me lo regalan?

—Dos pesetas, ¿quiere?

—Ya veo que no nos entenderíamos; por ser usted, se lo doy por tres pesetas y media.

—Des pesetas he dicho, y... ¡al contado!

—Si se lo quiere llevar por tres, puede quedarse con ello.
—No; ya le he dicho lo que doy.

—Oiga, ni la suya ni la mía; se lo doy por diez reales.

—No me conviene por este precio, y no quiero insistir más. Dos pesetas.

—¡Alargue el paso, mocita!

La compradora hace ademán de marcharse... y se va; la vendedora deja que su cliente ande unos dos o tres pasos; después la llama:

—¡Eh! ¡Oiga, Fulana!...

La muchacha se acerca, y entonces la del puesto dice:

—Puede quedarse con ello por dos pesetas..., ¡pero pierdo dinero!

José Gabernet.

La madre.—¿Por qué no me llamaste cuando tu novio te besó?

La hija.—Porque me amenazó.

La madre.—¿Que te amenazó?...

La hija.—Sí..., con no volverse a besar.

Antonio Giner (Valencia).

En la lechería:

—¿Cómo es posible que el litro de leche, que ayer me costaba a sesenta, hoy me cueste a noventa?

—Pues es muy natural, señora; es que hoy nos hemos olvidado de ponerle el agua.

Hau (Barcelona).

En la guerra:

—¿No sabes? El teniente va a formar catorce guerrillas para darle al enemigo un buen tute.

—Pues yo que él formaba cuarenta guerrillas.

—¿Para qué?

—Porque con las cuarenta ya tenía mucho adelantado para el tute.

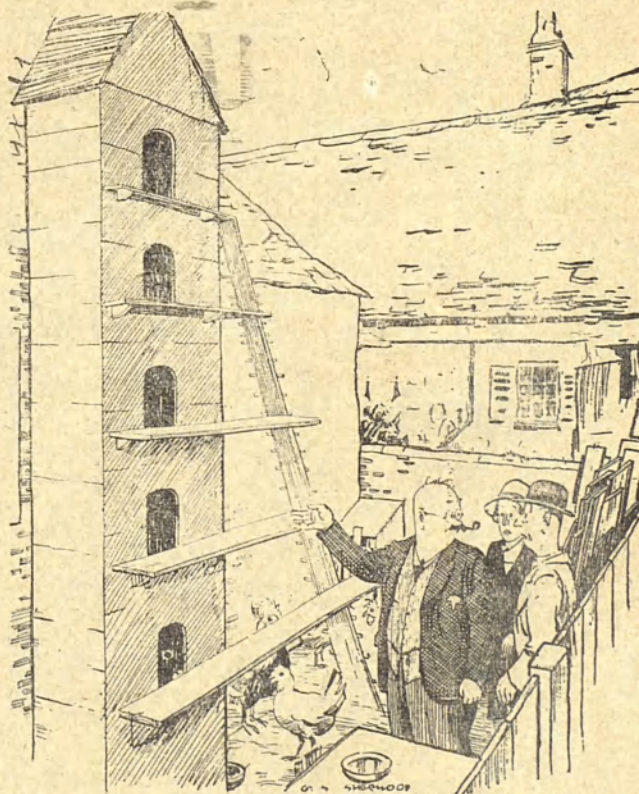
A. Liendo (Bilbao).

—¡Hola, compare! ¿Qué haces?

—Que me s'ha dormido este pie y estoy haciéndole unas crucecitas con saliva...

—Yo creo que lo debías llevar a una funeraria; porque, por el olorcito que despidе, me parece que está muerto...

Kalamar (Madrid).



Como el jardín es tan pequeño, he tenido que hacer un rascacielos para las gallinas...

(De London Opinion.—Londres.)



Correspondencia muy particular



P. L. M. (Madrid).—Ni los dibujos están bien, ni los pies de los “monos” tienen buena pata, ni el cupón con que usted les acompaña es del número que hace falta para que se tomen en consideración, ni BUEN HUMOR lo edita la casa Rivadeneyra, ni “Sileno” es catalán... ¡En fin, querido amigo, que no da usted una!...

B. J. V. (Badajoz).—Su deplorable composición, que usted dice que está hecha en verso libre, nos ha dado deseos de meter al verso en la cárcel porque es que es una injusticia manifiesta que pueda presumir de ser libre un verso así.

Roque (Tarragona).
El artículo de Roque
(¡que Dios salve al que le to-
[que!]
demuestra que en Tarragona
puede vivir un bodoque
con aspecto de persona.

T. C. G. (Teruel).—¿Conque usted es un escritor festivo con toda la barba?... ¿Y qué hace usted que no se afeita, para ponerse a la moda?... Es la única cosa que se nos ocurrirá recomendarle.

Carrasco (Avila).
Su cuento, amigo Carrasco, nos ha dado mucho asco.

El duende del tercero (Madrid).—No sirve, querido duende... Es una verdadera visión...

C. N. B. (Salamanca).—¡Lástima de papel tan bonito, y lástima de tiempo tan precioso que nos ha hecho usted perder!...

A. D. S. (Madrid).—Sus dos cuentecillos acaban de fallecer a mano airada... ¡Dios les haya perdonado..., y a usted también, que bien lo necesita!...

Orestes (Cádiz).
Desde que leí la crónica que nos ha largado Orestes, estoy echando unas pestes más grande que la bubónica.

Pipo (Madrid).—¡¡Indecente!! ¡¡Marrana!! ¡¡Sociólogo!!

A. C. M. (Granada).—Bárbaro y algo pútrido. Lo hemos desinfectado cuidadosamente y lo hemos colocado en el fondo de la mimbrea e infausta papelera.

M. F. P. (Valladolid).
Perdone que se lo llame, pero su cuento es infame. ¡Haga usted que otro lo lea y es muy probable que exclame otra cosa algo más fea!...

B. R. E. (Fuenlabrada).—Su artículo comienza diciendo: “Atanasio empezó a dar cabezadas...”
Y usted a ponérselas, para ver cuál estaba mejor, ¿no?

Pilín (Barcelona).—No es aprovechable.

Querol (San Sebastián).
Desde que alumbra el día hasta ponerse el sol, no vi caballería como el señor Querol.

Zapatero (Logroño).—No hemos dado en el clavo, querido zapatero.

N. V. T. (Tortosa).—¿De manera que el boxeador, protagonista de su cuento, pesaba doscientos kilogramos?... Pues mire usted lo que son las cosas: ¡el cuento es muchísimo más pesado todavía!...

J. R. L. (Oviedo).
Es usted un animal, le parezca bien o mal.

A. P. H. (Madrid).—Su artículo es un reverendo plomo, ¡y metalurgias no, querido amigo!

Campuzano (Zaragoza).
Distinguido Campuzano:
Eso ¿está hecho con la ma-
[no?...

Porque, amigo, no lo parece. Seguramente estará hecho con lo que nosotros nos hemos figurado desde el primer momento.

B. G. Q. (Málaga).—Regular nada más. En cuanto envíe usted una cosa que esté bien del todo, nos tendrá a su completa disposición.

S. F. A. (Madrid).—¡A otra puerta!... Si a usted le parece, a la del W.-C., que es la más indicada para el caso.

El curita (Burgos).—Simpático curita: Gánese la vida diciendo misa, y no nos corrompa a nosotros las oraciones, tonsurado amigo. ¡Dios se lo premiará con su acreditada largueza!

Violante (Madrid).
Hermosa comunicante:
Dicho de un modo galante, como merece su sexo, su artículo, algo inconexo, no vale nada, Violante.

T. B. C. (Albacete).—Aceptado todo. Enhorabuenísima.

E. S. M. (Gijón).—Doña Leocadia Alba es muchísimo más joven que el procedimiento que usted ha usado para escribir su artículo. Por lo cual, que pasa al cesto, es viejo también.

R. I. C. (Madrid).—¡Seguimos en plena asnería, distinguido señor nuestro!...

D. G. P. (Jerez de la Frontera).—Eso está peor dibujado que las piernas de Llapisera.

R. F. L. (Madrid).
Merecía usted cien palos por esos versos tan malos.



El vendedor ambulante.—Tengo anillos para los paraguas, correas para los zapatos, cepillos, agujas pipas...
La señora.—Váyase o llamo a la policía.

El vendedor.—También tengo silbatos a setenta céntimos...

(De The Passing Show.—Londres.)



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



—Me tiene desesperada la conducta de tu hermano. Ahora cuando salgas vas a enviarle un telegrama urgente.

—¿Y qué le pongo de texto?

—¡Qué se yo! ¡Ponle verde!

Dib. Demetrio.—Madrid.